

quizás mañana
la palabra amor...

Jordi Sierra i Fabra



www.literaturasm.com



Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Berta Márquez
Fotografía de cubierta: Fernando Sancho

© Jordi Sierra i Fabra, 2012
© Ediciones SM, 2012
Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323
Fax: 902 241 222
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

El primer día

De pronto, todo era distinto.

Por primera vez se sentaba en aquella silla sin el miedo a ser juzgada, sin que el ojo crítico del médico la examinara con la lupa de su experiencia, dispuesto a captar detalles, signos, pequeños gestos reveladores que la traicionasen. El despacho ya no era una cárcel, sino una puerta. La ventana no tenía rejas, sino la luz del sol que se filtraba por ella. Incluso el doctor Rocamora parecía otro.

Un rostro humano.

Sonreía.

—¿Cómo te encuentras, Dora?

—Bien.

—¿Estás preparada?

—Sí.

—De acuerdo.

Así, tan sencillo, tan fácil. «¿Cómo te encuentras?». «¿Estás preparada?». «De acuerdo».

Dora sostuvo su mirada.

Carlos Rocamora tenía unos cincuenta años. En su despacho no había nada que revelara algo de su vida privada. Ninguna fotografía de una esposa o hijos. Solo el anillo de casado en el dedo anular de su mano izquierda. Ningún

paciente podía sentir empatía o rechazo. Las paredes eran asépticas: diplomas y libros. Sobre la mesa despejada, sin siquiera un ordenador, la única concesión al margen de papeles, una pluma y el teléfono, era un busto de Freud hecho en bronce o cualquier metal semejante.

Ella sabía que era de Freud porque se lo preguntó un día.

Uno de los primeros.

Y de eso hacía...

–¿En qué piensas?

–En que cuando salga de aquí, todo esto me parecerá un sueño.

–Me gusta que emplees la palabra sueño.

–¿Por qué?

–Es mejor que pesadilla.

–Nunca ha sido una pesadilla –fue sincera.

–No todos lo ven así.

–Ya lo sé.

El médico se reclinó en su butaca sin dejar de observarla con su medida sonrisa. Un padre contemplando a su hija con orgullo después de que aprobara los exámenes o algo parecido.

Algo parecido.

–Hemos hablado mucho durante este año.

–Sí –admitió ella.

–Hemos tenido días buenos y días malos.

–Lo sé.

–¿Recuerdas cuando te dije que saldrías de aquí y tú opinaste lo contrario?

–Lo recuerdo.

–Entonces te darás cuenta del enorme cambio que has experimentado.

–¿No será que, además, he crecido?

–Eso también.

–¿Sabe qué recuerdo yo? –no esperó el asentimiento del médico–. El día que me dijo que la vida era un gran ruido entre dos silencios, y que mi ruido no había terminado, que justamente estaba empezando.

–Sabes que eres muy lista para tu edad.

–Han sido muchas horas para pensar.

–Es más que eso. Lo esencial es que entiendas que tu vida es tuya, pero que eso no te da derecho a desperdiciarla ni a que decidas cuándo terminar con ella. No con todo por delante, por duro que haya sido lo que dejas atrás. Cada vida es una oportunidad. No tenemos más.

¿Una última prueba de fuego?

–He aprendido lo que significa vivir, descuide.

–Dora, te has hecho fuerte –el tono se hizo decididamente paternal–. Esto es lo que más me ha sorprendido... No, sorprendido no. La palabra es impresionado. Mentalmente eres muy fuerte, pero emocionalmente las cicatrices están ahí, y eso es lo que más debes trabajar al salir. Aquí ya no puedo hacer nada por ti. Depende de ti al cien por cien. Vas a regresar a tu casa, a tu mundo, y deberás enfrentarte a todo siendo consciente de que eso es algo muy duro. Yo sé que estás preparada para ello. Si te queda alguna duda, habrás de superarla sola.

–¿Puedo hacerle una pregunta?

–Adelante.

–¿Alguno de los que han recibido el alta ha vuelto a intentarlo?

El doctor Rocamora mantuvo su rostro impassible.

Una pregunta demasiado comprometida.

–Perdone –dijo Dora.

–Entre intentarlo y consumarlo hay un gran trecho.

–Ya, pero imagino que esas cosas son secreto de sumario.

–No tiene que importarte lo que hagan los demás, sino lo que hagas tú, cómo te sientes tú y cómo vas a reaccionar tú. Y la respuesta es no. Ninguno de los que han salido por esta puerta lo ha consumado, aunque no te mentiré: dos lo intentaron. Un chico de diecinueve años y una chica de veintitrés.

–¿Parecían curados?

–Estaban curados, pero...

–Usted confía en mí, ¿verdad?

–Sí.

–Para mí es suficiente.

–Siempre has sido especial, no voy a mentirte.

–Yo me siento diferente, pero no especial.

–Diferentes somos todos. Especiales hay pocos.

Sonó el teléfono. Alargó la mano y tomó el auricular. No dijo nada, se limitó a escuchar. Luego pronunció un monosílabo y colgó.

Finalmente se puso en pie.

–Bueno, solo quería despedirme y desearte suerte –rodeó su mesa mientras se estiraba la blanca bata.

Dora también se incorporó.

Carlos Rocamora era bastante imponente. Medía medio palmo más que ella.

El hombre la cogió por ambos brazos.

–Tómatelo con calma –le dijo–. Sin prisas, sin forzarte, dominando siempre que puedas las emociones y las sensaciones que te asaltarán. Y si no puedes dominarlas,

déjalas fluir, analízalas. Decide si quieres volver a estudiar o trabajar, pero quema etapas despacio, sin saltos. Y sobre todo no olvides que estoy aquí, y que puedes llamarme siempre que lo desees, a cualquier hora del día o la noche.

–Bien.

–¿Lo harás?

–Sí, de verdad.

–Dora, hablo en serio.

–Yo también. Si estoy mal, le llamaré.

–No pierdas ni número.

–Me lo aprenderé de memoria.

El doctor la abrazó.

Fue un gesto espontáneo.

Ella se estremeció y cerró los ojos.

Cuando se separaron, él la acompañó hasta la puerta del despacho.

–¿Viene a buscarte alguien?

–No, mi abuelo aún no puede moverse bien.

Carlos Rocamora abrió la puerta.

–Gracias –suspiró Dora.

–No olvides lo más importante: tienes diecisiete años.

–Casi dieciocho.

–Diecisiete –insistió él.

Ella logró esbozar una sonrisa.

–Vale –dio el primer paso en pos de su nuevo destino.

No tenía muchas cosas. Un poco de ropa. Un poco de todo. Un poco de nada.

Lo que había escrito.

La foto de sus padres y de su hermana.

Lo peor no era meterlo todo en una bolsa.

Lo peor era meterse a sí misma en la vida.

Elena la observaba desde su cama, sentada, con las piernas encogidas y los brazos rodeándolas. Tenía la barbilla escondida detrás de las rodillas, así que de su rostro solo se veían la nariz y los ojos.

Parecía que ninguna rompería el silencio.

No fue así.

–¿No tienes miedo?

Dora cerró la cremallera.

–No –dijo.

–Yo estaría cagada.

–Algún día también te tocará a ti.

–Yo no saldré.

–Yo decía lo mismo.

–Es distinto.

–Cada caso es distinto, y lo sabes.

–Deberías tratarme tú y no él –suspiró Elena.

–El doctor Rocamora es bueno.

–Eso lo dices porque te ha dado el alta.

-Lo digo porque es verdad. Hay que confiar en alguien.
-¿En un manicomio?
-En todas partes.
-Le has engañado bien -su compañera chasqueó la lengua-. Buena niña, buen comportamiento, caritas angelicales, dulzura... Eres lista.
-¿De veras crees que le he engañado?
-Yo te oigo gemir por las noches, ¿recuerdas?
-Tengo pesadillas, como todos.
Elena la atravesó con su mirada.
Era como si de pronto se sintiese traicionada.
Su amiga se iba.
-Si yo fuera tan guapa como tú, también lo habría conseguido.
-No seas tonta.
-Les caes bien a todos.
-A veces creo que me he pasado media vida aquí dentro -fue sincera.
-Guapa, guapa, guapa -insistió Elena-. A ti no te habría plantado por otra.
De vuelta al pasado. Su pasado.
-No digas eso.
-A ti no -insistió-. Ni aunque tu mejor amiga hubiera sido Miss Universo. Nacho...
-Nacho fue un cerdo, y lo sabes. Creía que ya lo habías superado.
-Me dejó porque soy vulgar.
-Elena...
-Tú eres preciosa, y yo no. Mi mejor amiga también era más guapa que yo... -empezó a moverse hacia adelante y hacia atrás.

Dora dejó la bolsa y se sentó a su lado. Habían hablado mucho en aquellos seis meses. Las huellas en las muñecas de Elena eran mucho más visibles que las de su alma, pero las de su alma seguían sangrando, sin cicatrizar.

–Elena, cálmate.

La chica dejó de moverse.

–Estás deprimida porque me voy, eso es todo –mantuvo la distancia sin rebasar los límites que las separaban.

–A saber a quién me meterán –señaló la cama, ya vacía, con la bolsa encima.

–Una nueva, y tú serás la veterana que la ayudará.

–Otra loca.

–No estamos locas.

–Si quisimos matarnos, es que estamos locas.

–¿Quieres que me quede?

–¿Lo harías? –se sorprendió.

–Podría intentarlo.

–El doctor Rocamora no te dejará.

–Entonces vendré a verte.

–¡No!

–¿Por qué?

–¿Por qué habrías de volver aquí? ¡Ni se te ocurra!

–Pues cuando salgas nos iremos de marcha.

Volvió el silencio.

Un puñado de segundos.

–Tú vas a enfrentarte al vacío –dijo Elena despacio–. Ellos no están. La ausencia es más soportable –parecía al borde del desequilibrio–. Nacho, en cambio, sigue allí, en mi mismo rellano, puerta con puerta, ventana con ventana. Sigue allí, ahora con ella, viviendo juntos. ¿Cómo voy a volver a mi casa? Tú has de llenar tu mundo, Dora.

Yo no sé cómo vaciar el mío. Le sigo queriendo a él y la sigo odiando a ella.

–Cálmate.

–Estoy calmada, ¿no lo ves? –endureció el gesto–. No quiero que vengan las focas con sus malditas pastillas. No quiero que me dejen robotizada. He descubierto que el dolor alienta la rabia.

–No se puede vivir con rabia.

–Al contrario: la rabia es lo único que te permite vivir.

–Vamos, Elena, por favor.

–Vete, va.

–No me hagas eso.

–¿Hacerte qué?

–No puedo dejarte así.

–¿Qué quieres, una fiesta?

–Déjame que te abrace.

–No.

–Una sola vez, hoy.

–No –se echó un poco hacia atrás.

–Sería un paso...

–Nadie va a tocarme –apretó las mandíbulas.

El último había sido él, Nacho, su novio, el amor de su vida.

–¿Ni siquiera un beso en la mejilla?

Elena no se movió. Su expresión, el doloroso vacío de su mirada, lo dijo todo. Antes de que Dora pudiera agregar algo más, se abrió la puerta de la habitación. La enfermera jefe, Augusta, asomó la cabeza.

–¿Estás lista? –se dirigió a ella.

–Sí.

–Entonces vamos. Te acompañaré.

Dora se incorporó. Desplazó una mano hasta que sus dedos quedaron apenas a unos centímetros de la cabeza de su compañera. No llegó a tocarla. Fue una caricia sin contacto. Una despedida extraña.

–Cuídate –le susurró.

Elena hundió los ojos en el suelo.

No hubo más.

Dora recogió la bolsa y cruzó aquel espacio que había sido su mundo en los últimos meses. Pasó junto a la enfermera jefe, la foca mayor, como la llamaban las pacientes del pabellón, y ya no volvió la vista atrás.

La puerta se cerró a su espalda con cierto estruendo, y luego sus pasos resonaron por el pasillo vacío.

El pasillo de los pasos perdidos.

El sol del exterior era distinto al sol del interior.

El sol del exterior golpeaba la calle, los árboles, la vida, y bañaba a las personas que se movían de un lado a otro sin ser conscientes de él, de su calor, de su fuerza.

El sol del interior era una luz dominante, una presencia única que los inundaba en las horas de patio, que les recordaba otra vida y les marcaba el camino de la esperanza.

Una vez fuera de aquellas paredes, lo primero que hizo fue levantar la cabeza.

El sol.

Ya no lo veía a través de una ventana, o flanqueado por los muros del sanatorio.

Era libre.

Dejó que su luz la bañara unos segundos y echó a andar en línea recta.

Un paso, dos, cinco, veinte, cincuenta y siete.

Aquello era, sin duda, el primer golpe de su libertad.

Cincuenta y ocho.

Dio el siguiente.

Y su corazón latió con fuerza.

No era un sueño.

Cincuenta y nueve pasos.

Estaba fuera y podía, podía, podía caminar en línea recta.

De un lado a otro, en el jardín principal, no se daban más que cincuenta y ocho pasos. Luego tocaba dar la vuelta, o rodear el perímetro.

Pero nunca dar cincuenta y nueve pasos en línea recta.
Cien, doscientos, trescientos...

–No llores –se dijo.

Tenía razones para hacerlo, pero sabía que, en ese instante preciso, era una muestra de debilidad, y necesitaba sentirse fuerte. No llorar a la primera de cambio. Si lo hacía en plena calle, solo por el sol o por caminar en línea recta, ¿qué sucedería en casa de su abuelo, cuando todo la bombardeara de manera inmisericorde?

Tampoco volvió la cabeza para mirar en dirección al sanatorio.

–Sanatorio... –bufó sarcástica.

Siempre había palabras que camuflaban la verdad.

Un manicomio era un manicomio.

Los de dentro estaban locos, y los de afuera, cuerdos.

Más o menos.

Dejó atrás la parada del autobús, no prestó atención a los taxis que pasaban cerca y la miraban esperando una señal; lo único que quería hacer era andar.

En línea recta.

Mil pasos, dos mil, tres mil.

Disponía de toda una vida para llegar a casa del abuelo.

O, al menos, de toda la vida contenida en un día, unas horas, un momento que recordaría siempre.

Los de afuera decían que ella, una de dentro, ya no estaba loca ni era un peligro para sí misma.

Benditos fueran los muy capullos.

Dora no dejó de caminar.

La casa de su abuelo, su nuevo hogar, era vieja. Mucho más que él. Tendría unos cien años, cinco plantas, carecía de ornamentos que la distinguieran y la portería hacía por lo menos una década que permanecía vacía, desde la muerte de la señora Milagros. El interfono lo habían reventado y la puerta estaba abierta. La última vez que estuvo allí de visita, una semana antes de la tragedia, jamás hubiera imaginado que un día regresaría para quedarse. Y luego, después del entierro, tampoco habría imaginado siquiera volver.

El abuelo y ella. Extraña combinación.

Como restos de serie.

Subió el pequeño tramo de tres escalones y se detuvo delante de la puerta. Tenía las llaves. El abuelo se las había hecho llegar. Llenó los pulmones de aire y ya no esperó más. Vacilar ante lo inevitable siempre era malo, producía alteraciones, desequilibrios y excesivas preocupaciones.

Era un bloque de mármol, sin fisuras. Una grieta bastaba. Por una grieta se colaba una gota de agua que, si se helaba, lo partía en dos.

–Vamos, sé fuerte.

Giró la llave en la cerradura y cruzó el umbral.

No le dio tiempo a gritar «¡abuelo!».

Apareció en mitad del pasillo, saliendo de la sala, en su silla de ruedas. Recortado al trasluz, su imagen era la de

un hombre menguado por los años, los golpes de la vida, la vejez y su reciente accidente. Pero ella lo recordaba como el gigante de su niñez, cuando la tomaba en brazos y la lanzaba al aire para volver a cogerla y volver a lanzarla entre risas. Siempre lo había adorado. Algunas veces, serio; otras, huraño; las más, perdido en sí mismo tras la muerte de la abuela; sin embargo, con ella y con su hermana se transformaba en un niño grande, un oso amoroso que las cubría de abrazos y besos.

Claro que desde todo eso parecía haber transcurrido una eternidad.

–Dora, cariño...

Dejó la bolsa en el suelo y se fundió con él.

De nuevo consiguió no llorar. Su abuelo sucumbió.

–Mi niña...

Le acarició la cabeza con una mano mientras la retenía con la otra.

–Todo ha ido bien –fue lo único que se le ocurrió decir.

¿Qué era «todo»? ¿Su alta en el manicomio? ¿Su recuperación? ¿La hora que se había pasado andando y andando para sentir que volvía a la vida?

–Bien, sí, muy bien –repitió.

–Maldita cadera... –refunfuñó él.

–Tranquilo, dentro de poco ya podrás andar, ¿no?

–Llevo así cuatro meses.

–Ahora te cuidaré.

–He estado cuidado, ya lo sabes. Es solo que quería irte a buscar para que no estuvieras sola, no tener que esperararte aquí, como un viejo...

–Déjame que te vea bien.

–¿Tú a mí? ¡Soy yo el que quiere verte bien!

El sanatorio estaba lejos. Desde el accidente, y con la rotura de la cadera, ya no había podido visitarla. Eran cuatro meses de separación.

También de soledad.

Dora empujó la silla hasta la sala. Quedaron frente a frente, casi reconociéndose.

–Te veo bien... –dijeron al unísono.

Y se echaron a reír.

Con el siguiente abrazo, ella recibió el primer golpe. Sabía que sería duro, pero comprendió cuánto al ver de pronto las fotografías repartidas por todas partes, detrás de su abuelo, en la mesita del teléfono, en el aparador, en las paredes... Fotos de ella y de Ana, desde que nacieron, y de sus padres, sobre todo de su madre, la hija del abuelo. También las había, y muchas, de la abuela, compartiendo su vida con él.

La última foto era de unos días antes de la tragedia.

El último cumpleaños.

Comprendió lo mucho que iba a costarle vivir en aquel mausoleo perpetuo, donde los recuerdos afloraban por todos lados.

–¿Y tu chico maravillas? –se sobrepuso al primer *shock*.

–No le llames así.

–Caray, cada vez que hemos hablado por teléfono en estos cuatro meses... Que si Hilario por aquí, que si Hilario por allá, que si Hilario dice, que si Hilario hace... No sé si tenía más ganas de verte a ti o de conocerle a él.

–Por suerte he tenido a Hilario –reconoció el anciano–. Si no me lo hubieran mandado para que me cuidara...

–Si no digo nada. Me alegro de que haya sido así. Debe de ser un santo, eso seguro.

-¿Qué quieres decir, que soy insoportable?
-Es broma -alargó la o un poco más-. Oye, si te has vuelto un viejo picajoso, me vuelvo allí, ¿vale?
-No digas eso ni en broma.
-Pues entonces venga, cuéntame. ¿Dónde está?
-Viene más tarde.
-¿Sabe que hoy llegaba yo?
-Sí.
-Ahora ya no le necesitarás, ¿verdad?
-No sé, yo no le he dicho nada.
-¿Por qué?
-Porque no quiero que te conviertas en mi enfermera. Necesitas tu propio espacio, ver qué haces, cómo enfocas tu futuro... Ni por un momento he pensado que vayas a estar todo el día pegadita a mí. Además, él sabe lo que se hace, tiene experiencia. No espero que me limpies el culo.
-¿Te limpia el trasero?
-No, es un modo de hablar. Te repito que solo quiero que te lo tomes con calma.
-Pareces mi médico. Me dijo lo mismo.
-Es que es verdad, Dora. Te conozco. No puedes actuar como si no hubiera sucedido nada, pero tampoco caer en la tentación de no dejar de recordarlo. Yo también he hablado con el doctor Rocamora y sé lo difícil que es conseguir el equilibrio.
-¿Por qué hablas solo de mí? ¿Y tú?
Una luz mortecina crepitó en sus ojos.
-Yo soy viejo.
-¿Y ya está? ¿Así se resume? ¿Es diferente porque yo quisiera matarme y tú no?
La luz se hizo oscura.

–No creo que esté preparado para tener esta conversación. Todavía no –fue sincero.

–Era tu hija, y tu nieta, y tu yerno. En el hospital, cuando nos dijeron que habían muerto, me cogiste de las manos y me dijiste que nos teníamos únicamente el uno al otro, que vivirías por mí. Pero no me pediste que yo viviera por ti.

–Te lo vuelvo a repetir: yo ya soy viejo.

–¿Es una excusa o una coartada?

–¡Es la realidad, cariño! –cerró los puños sobre las ruedas de la silla–. Espero que me necesites tanto como yo te necesito a ti.

No era la conversación más indicada para el momento.

Lo malo es que, en las últimas semanas, su principal refugio había sido la ironía, el sarcasmo grueso.

Explorando su parte más macabra.

–Te necesito, abuelo –le dio un beso en cada mejilla–, pero de momento será mejor que no dejes cuchillas de afeitar a la vista.

–No frivolices –se estremeció–. Me afeito con maquinilla.

Volvió a inclinarse sobre él y se lo susurró al oído.

–Te quiero. Perdona.

–Para eso estamos juntos.

Una chica de diecisiete años y un anciano de setenta y tres.

Juntos.

Una extraña pareja forzada por las circunstancias.

–Espero ser tan fuerte como tú.

–Yo no soy fuerte, Dora.

–Entonces nos reinventaremos. ¿Dónde voy a dormir?

Había sido la habitación de su madre.

La de su infancia, adolescencia, juventud, hasta que un día la dejó para casarse con su padre.

Tan joven.

Un noviazgo clásico.

Los abuelos la habían conservado tal cual, con la cama, el armario, la mesita, el gran espejo... Un ritual mantenido todos aquellos años. Ningún cambio, salvo las paredes vacías. De niñas, cuando Ana y ella iban de visita, solían hacer la siesta «en la cama de mamá», como la llamaban. Ya ni recordaba cuando se hicieron tan mayores que dejaron de utilizarla.

La cama de mamá era ahora la suya.

La vida tenía golpes insospechados. Se sentó en ella y miró sus muñecas.

Los cortes de las de Elena eran mucho más aparatosos porque su compañera se había hecho una verdadera masacre, más que cortándolas, machacándolas enloquecida con lo que fuera que intentase quitarse la vida. En cambio, sus cicatrices eran pequeñas. No lo hizo a la desesperada, sino siguiendo las imágenes de tantas películas, en la bañera, con agua caliente, sabiéndose ya en paz porque llegaba al final del camino.

Estaría muerta de no ser porque su abuelo la había llamado, y al no responder...

¿La había salvado el destino?

Siguió mirando sus muñecas.

Tenía que tomar la primera decisión.

Llevar manga larga siempre, hasta en verano, o pasar de todo y dejar que el mundo las viera.

También podía ponerse pulseras.

Una docena de pulseras y abalorios.

–No es mala idea –se dijo a sí misma.

Iría a un mercadillo y listos.

La primera decisión de su nuevo estado había sido satisfactoria. No estaba mal. Le quedaban muchas más y no todas serían tan fáciles. Por ejemplo, ir al cuarto de baño, tres pasos más allá, y entrar en aquel lugar donde, egoístamente, había querido morir.

Aunque la decisión más acuciante era...

Frunció el ceño al ver, junto al armario, sus dos maletas.

Las maletas que estaban en su casa, no allí, y que por tanto...

Sintió frío.

Se levantó, abrió las puertas del armario y se quedó alucinada al ver su ropa perfectamente colgada o doblada sobre los estantes. Toda su ropa. Y no solo eso. También vio en la parte de abajo dos cajas con libros, cedés, su ordenador portátil...

Abrió los cajones.

Braguitas, sujetadores, calcetines...

No supo si sentir furia o extrañeza.

Salió de la habitación con el gesto firme. Su abuelo llevaba cuatro meses impedido y, cuando tuvo el accidente

en el que se rompió la cadera, todavía no habían hablado del futuro. Ni siquiera sabía cuándo saldría del sanatorio. Y la dichosa ropa no se movía sola. Temía la respuesta a su repentina zozobra. Regresó al comedor y le sorprendió mirando una de aquellas fotos. Una en la que estaban los cuatro, su padre, su madre, Ana y ella.

Por un momento estuvo a punto de no llamar su atención.

Pero su abuelo volvió la cabeza.

–¿Todo bien?

–¿Quién ha ido a por mis cosas?

–Hilario.

La zozobra se convirtió en furia.

–¡Abuelo!

–¿Qué querías que hiciera?

–¿Mandaste a un extraño a nuestra casa?

–Sí.

–¿Solo?

–Vamos, Dora. Es de confianza, puedes creerme.

–Pero revolvió...

–Es un gran chico –insistió–. No puedes ni imaginártelo. ¿Crees que soy tonto? También revuelve mis cosas, ha de hacerlo. No se lo habría pedido de no estar seguro de él. ¿Qué querías que hiciese? Yo en silla de ruedas y tú... No sabía si tendrías valor o querías volver tan pronto. Pensé que necesitarías tu ropa.

–Y la necesito –reconoció.

–Entonces no pienses más en ello, por favor.

Se imaginó al dichoso Hilario cogiendo sus braguitas y se puso roja.

¿Y si había entrado en su ordenador?

No quería pelearse con su abuelo el primer día, nada más llegar. Apretó los puños. Lo había hecho de buena fe, y con lógica. Las circunstancias obligaban.

Todo era distinto.

–¿Puedo preguntarte algo?

–Claro, cielo.

–Antes de romperte la cadera... ¿fuiste alguna vez a nuestra casa?

La mirada se hizo crepuscular.

–No –reconoció el hombre.

La casa debía de estar tal cual.

Como se quedó el último día.

Ella intentó matarse sin esperar a volver, sabiendo que, entre otras cosas, no podría hacerlo.

–Habrá que ir –exhaló en un susurro.

–No hace falta precipitarse. Hay tiempo.

–Lo sé.

–Tus padres tenían dinero de sobra, y el asesor me dijo que no te preocuparas, que todo estaba controlado. Tú decidirás si quieres venderla o no, si algún día quieres volver a vivir allí, sola, o si prefieres quedarte aquí conmigo. Dentro de unos días, ya serás mayor de edad.

Su vida sería suya.

Quizás fuera una carga demasiado pesada.

No pudieron seguir hablando porque en ese momento escucharon el ruido de una llave y la puerta del piso abriéndose.

–Ahí está Hilario –dijo el abuelo.